

La historia de aquellas dos hermanas es a por demás irrecusable, y citábase con frecuencia, haciendo acudir el llanto á muchos ojos.

Susana, la mayor, había sido adorada locamente en otro tiempo por un hombre á quien ella también amaba, y del cual fué prometida.

Cuando sólo faltaban algunos días para que su casamiento se verificase, murió repentinamente el esposo que la suerte le había deparado. Su desesperación fué tanta, que juró no casarse jamás y cumplió su palabra, vistiéndose el traje de viuda, que nunca abandonó.

Entonces su hermana, la pequeña Margarita, que contaría unos doce años, se echó en sus brazos, diciéndole con cariñosa efusión:

—No quiero que seas desgraciada, Susana. No quiero que llores toda la vida. Yo no te abandonaré, porque no he de casarme nunca. Quiero estar á tu lado siempre, siempre sin separarme de tí.

Abrazóla Susana, enternecida por este sacrificio infantil, mas sin dar crédito á sus palabras. Pero la niña supo cumplir lo prometido, y á pesar de las súplicas de sus padres y de los ruegos de su hermana, jamás quiso tomar estado y rechazó las proposiciones de infinidad de jóvenes que parecían amarla tiernamente, por no abandonar á su querida Susana.

Vivieron, pues, unidas sin separarse una sola vez; pero Margarita parecía siempre triste, molesta y más melancólica que su hermana, como si el sacrificio que había hecho la hubiese aniquilado.

Envejeció con suma rapidez, y desde los treinta años comenzaron á blanquear sus cabellos, denotando su semblante algo así como un mal desconocido.

Por fin, á pesar de ser la más joven, iba á morir la primera. En veinticuatro horas no había desplegado los labios, y sólo dijo cuando asomaron los primeros fulgores de la aurora de aquel triste día.

—Id á buscar al señor cura, porque ha llegado el instante.

Y permaneció sin variar de la postura que entonces adoptara, presa de una agitación indecible.

Movíanse sus labios como si fuesen á subir á ellos y traducirse en palabras todas las sensaciones de su corazón, y sus ojos retrataban un verdadero espanto.

Su hermana, flocosa de dolor, lloraba desconsoladamente, apoyando su rostro sobre el lecho, y repitiendo sin cesar:

—Margarita! ¡Mi pobre Margarita!

Oyéronse pasos en la escalera. Abrióse la puerta y apareció el sacerdote.

Al verle experimentó la enferma una fuerte sacudida, abrió los ojos y pronunció dos ó tres palabras.

Acercóse el sacerdote, y tomando la mano de la moribunda dijola con voz dulce:

—Dios te perdonará, hija mía! Habla, que ha llegado el momento.

Entonces Margarita, que temblaba de los pies á la cabeza, sacudiendo el lecho con sus movimientos nerviosos, balbuceó con timidez estas palabras:

—Séntate, hermana mía, y escucha atentamente lo que voy á decir.

El sacerdote hizo sentar á Susana, que permanecía completamente abatida al pié del lecho, y tomando una mano de cada una de las hermanas, dijo mirando al cielo:

—Dadle fuerzas, Dios mío! ¡Concededle vuestra misericordia!

Margarita comenzó á hablar; y sus palabras salían de su garganta débiles y roncadas.

—Perdóname, Susana!—dijo.—¡Perdóname! ¡Si supieras el espanto que siempre me ha infundido este momento!

—Pero de qué he de perdonarte?—respondió su hermana. Todo me lo has dado, todo me lo has sacrificado. ¡Tú eres un ángel!

Pero Margarita le interrumpió diciendo: —¡Calla! ¡Calla! Déjame hablar hasta el fin sin interrumpirme.

—¿Te acuerdas de Enrique?...

Susana se estremeció y miró con fijeza á la moribunda, que siguió diciendo:

—Es preciso que te lo diga todo, para que puedas comprenderme. ... Tenía yo doce años; estaba ya muy mimada y hacía en casa todo cuanto quería.

La primera vez que Enrique vino á vernos traía botas de montar, y descendió del caballo al pié de la escalera, excomulgándose de su traje.

Venia á ver á nuestro padre, y, en cuanto yo le vi, quedéme sorprendida de su gentileza, permaneciendo en pié en un rincón de la sala en tanto que él hablaba. ¡Oh! ¡Qué terribles son á veces los niños!

Volví á visitarnos en distintas ocasiones, y siempre que le veía le contemplaba con todo el entusiasmo de mi alma, superior á mi edad. Mas disimulaba con increíble astucia todas mis impresiones.

Como le veía con mucha frecuencia, no hacía más que pensar en él y pronunciaba en tono bajo su nombre, recreándome en repetirle.

Después supe que se casaba contigo; ésta fué para mí causa de un disgusto tan profundo, que me hizo pasar tres noches llorando sin cesar. Enrique veía todos los días después del almuerzo, ¿recuerdas? Pero calla, nada digas, déjame seguir.

Tú le hacías unas tortas de leche y manteca que le gustaban mucho, y él las comía, exclamando después de beber un vaso de vino: "¡Esto es delicioso!"

Yo estaba celosa. Se aproximaba el momento de tu matrimonio; sólo faltaban quince días, y esto me volvía loca, hasta el punto de hacerme exclamar con ira: "No se casará con Susana, no, no puedo consentirlo! Conmigo será con quien se case en cuanto yo tenga edad. Jamás encontraré á un hombre á quien pueda querer tanto."

Una noche diez días antes de tu boda, saliste á pasear con él. Lucía una luna hermosa, y allá abajo, junto al abeto grande, te estreché entre sus brazos durante un largo rato. ¿Recuerdas esto, Susana?...

Era probablemente la primera vez que lo hacía. ... Tú volviste á casa pálida y descompuesta.

Yo os vi escondidos entre los maticos, y sentía tanta rabia, que á poder hacerlo os hubiera aniquilado. Me había propuesto que nadie se casara con Enrique. Esto hubiese labrado mi eterna desdicha, y para evitarlo, ¿sabes lo que hice después de largas cavilaciones? Pues oye. Yo había visto varias veces al jardinero de casa preparar unas bolitas para matar á los perros vagabundos.

Consistía la operación en romper una botella y colocar el vidrio desmenuzado dentro de las bolas hechas con carne.

Para poner en práctica el proyecto que había concebido, tomé en casa una botella y la machaqué con un martillo, hasta convertirla en un polvo brillante, que guardé con sumo cuidado. Cuando al día siguiente hiciste las tortas, aproveché un descuido tuyo é introduje en ella los polvos de vidrio. Enrique se comió tres, y yo una sola, y las restantes las arrojé al estanque.

Los dos cisnes que en él había, murieron al día siguiente. Cuanto á Enrique, bien sabes tú cuál fué su suerte, sólo yo me salvé de la muerte; pero quedé para siempre enferma, por la tortura del remordimiento.

¡Qué vida, qué horrible vida me ha estado reservada! No abandonaré á mi hermana, me dije entonces, y todo se lo confesaré en la hora de mi muerte.

Desde aquel momento fatal no he cesado de pensar en el terrible momento en que habría de confesarme á tí. Jamás se ha apartado de mi mente este pensamiento:

"... Es forzoso que un día se lo diga." Y esperaba en medio de los más atroces suplicios.

Mas ya está hecho; todo lo sabes, y ahora tengo miedo, un miedo horrible. Pienso que volveré á verte en cuanto muera y esto me horroriza, Susana; pero es preciso; voy á morir y necesito que me perdones. Puesto que habré de verlo, no quiero sea sin que antes me hayas perdonado. ¡Oh, señor cura! Dígame usted que me perdone; yo se lo pido, yo, que no puedo morir de esta manera.

Calló la enferma y sólo se oyó su jadeante respiración.

Susana había ocultado el rostro entre sus manos.

Pensaba en el hombre á quien hubiera podido amar durante toda su vida. ¡Cuán distinta la hubiese visto trascurrir al lado de aquel hombre!...

Veíale allá abajo, junto al corpulento abeto que aún existía y reconstruyendo en su mente todo el pasado, recordaba el tierno beso que recibiera y que guardó en el fondo de su alma como una de las últimas impresiones de su amor.

Después de aquel beso, no hubo nada; nada en toda su existencia.

Mirábala el sacerdote conmovido, y queriendo poner término á los recuerdos de la desgraciada, dijo con voz fuerte y vibrante:

—Susana, vuestra hermana va á morir y debéis...

Entonces la infeliz abandonó el recuerdo del pasado para volver los ojos al presente; separó sus manos del rostro cubierto de lágrimas, precipitóse sobre su hermana dándole un cariñoso beso y balbuceó tiernamente:

—Margarita! Yo te perdono con toda mi alma.

GUY DE MAUPASSANT.

Las personas vanas é indolentes afectan desprestigiar las letras; los hombres sencillos las admiran sin tocarlas, y los sabios las usan y las honran.—Bacon.

La mujer curiosa quisiera darle vuelta al arco iris, para ver que colores tiene del otro lado.

NOCHE SERENA.

Dejo la choza do mi amor se esconde, y en la ancha selva, sin saber á dónde mis pasos lentos á perderse van; arde roja la luna en las colinas, y tú, brisa nocturna, ante ella inclinas las ramas, que de flores campesinas la esencia al aura dan.

¡Cuán grata es la frescura de la noche! Abre á su halago el perfumado broche del sentimiento la escondida flor.

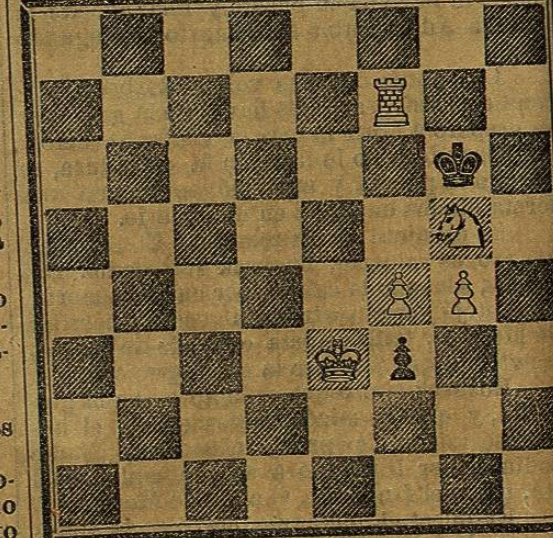
¡Si, las noches de estío son muy bellas! Pero, á pesar, mi bien, de auras y estrellas, dírame tú, si oyese mis querellas, noche mucho mejor.

Goethe.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA.

Negras.



Biancas.

Salen las blancas y dan mate en 5 movimientos. Solución del problema publicado el domingo pasado.

1. Cf8-D toma D.-2. Ce6+-R toma P.-3. Qd7+-R g5.-4. Pf4+.-5 variantes.



Tomo III.

México, Domingo 3 de Septiembre de 1893.

Núm. 112

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XIII

A las diez de la mañana tomaba yo el sombrero y me iba á pasear por la ciudad. Al principio preferí los arrabales, los callejones sombríos, las márgenes pintorescas del Pedregoso ó las plazuelas de la Alameda, vasto cuadro sembrado de fresnos, al pié de la colina del Escobillar; alameda sin flores ni árboles copados, que por lo apacible y retirada me era gratísima. A la sombra de un naranjo, el áncico crecido y frondoso, en cuya copa anidaban bulliciosos pajarillos, pa-aba yo la mañana. Allí, en un asiento musgoso y desportillado, me entregaba yo á la lectura de mis autores favoritos; allí leí la *Atala* y el *Renato*; el *Rafael* y la *Graciela*; allí devoré el *Conde de Monte Cristo*, y repasé por mi mal algunas novelas de Jorge Sand, que acongojaron mi corazón y dejaron en mi alma sedimentos de acibar. Allí gusté de la poesía de Zorrilla. ¡Zorrilla! Le conocía yo; le había oído leer de un modo maravilloso sus admirables versos, aquellas serenatas que eran, en labios del poeta, miel de abejas, susurro de arboledas, cantos del agua en las acacias de la Alhambra, música del cielo; allí aprendí de memoria muchas composiciones del incomparable soñador de Milly: *El Lago*, *El Crucifijo*, *Las Estrellas*. Aún las recuerdo, y suelo repetir:

*Ainsi, toujours poussés vers de nouveaux rivages, Dans la nuit éternelle emportés sans retour...*

Y allí, preciso es que lo confiese, allí cometí un pecado mayúsculo, del cual no me arrepentiré debidamente en los años que me

restan de vida. Me pasó lo que á los gastrónomos: principian por gustar los buenos platillos, y acaban por invadir la cocina y preparar ellos mismos los guisos predilectos. A fuerza de leer versos me dió por hacerlos. Malisimos salieron los míos, á juzgar por lo que dijo de ciertos sonetos un periódico vilaverdino. Publiqué los tales sonetos en EL MON, TANÉN, previa la aprobación de don Román, quien los tuvo por buenos y muy buenos, antes y después de que LA VOZ DE VILLAYER DE LA SOMBRRA DE VEGA, y cierto periódico de Plaviscilla los hicieran trizas y pusieran el autor como chupa de dómine. Por supuesto que no salieron con mi firma. Firmélos: *Anteo*, y el seudónimo sirvió para que mis críticos extremaran la zamba. Entiendo que mi literatura poética no era inferior á la muy aplaudida de los más afamados poetas de Villaverde, el *pompostísimo*, y el Lic. Castro Pérez, quien, de tiempo en tiempo, tenía sus dases y tomases con las esquivas deidades del Parnaso. Discípulo aprovechado de don Román, eriado en los clásicos, como él me dijo, díome,—á pesar de mis aficiones románticas—por la poesía mitológica y horaciana. Cantaba yo la vega vilaverdina, el *seggo* y *undivago* Pedregoso, y la hermosura de mis raiasasas. En el último soneto puse sobre los cuernos de la luna á la dulce Angelina, oculta bajo el poético nombre de Flérida.

Los rivales de mi maestro, Jacinto Ocaña, el director de la *Escuela del Cura*, y Agustín Venegas, el de la *Escuela Nacional*, creyeron que el sonetista era el *pompostísimo*, y al domingo siguiente, cuando esperaba yo

elogios y aplausos, salió en LA VOZ DE VILLAYERDE un artículo desentonado y cáustico, en que ponían á don Román de oro y azul.

Corrí á verle: —¿Ya leyó usted?—le dije al entrar. —No, muchachito; ¿qué cosa? —Lo que dice LA VOZ.

—No; no quiero leer esos disparates. Ya me imagino lo que dirán.

Pero la curiosidad pudo más en el dómine que el desprecio con que miraba á sus rivales. Después de un rato de silencio me dije: —Dame ese papasal.

El anciano se caló las gafas, se compuso ea el asiento, y principió á leer el artículo editorial.

—No, á la vuelta. Una crítica de los sonetos aquellos...

—¿Y quién es Agustín Venegas para me terso á crítico? —Lea usted.

Don Román estrujó el periódico, y leyó. A las pocas líneas se puso trémulo, pálido, balbuciente.

—Han creído que usted es el autor. Lamento lo que ha pasado. Nunca me pude imaginar...

—¡Bellacos! ¡Fátuos! ¡Presuntuosos!—exclamó.—¿Quiénes son ellos? ¿Qué obra los acredita para daría de sabios y de críticos? Les perdona las ofensas. Lo único que no puedo perdonar es la ingratitude. ¡No les temas! ¡No te asustes! Escribe, muchacho; escribe, y que rabien! Tú harás algo; al paso que ellos... Así se quemen las pestañas años de años, cuanto escriban servirá nada más